

PROPUESTA DE UNA ALIANZA DE CLASES EN TORNO A UN NUEVO KEYNESIANISMO

En España, el movimiento obrero con conciencia de clase es débil, desorganizado y en posición muy minoritaria; carece de líderes conocidos y posee una escasa influencia social. Por lo tanto, soy de la opinión de que aquellas voces que predicán cambios profundos en la sociedad española para sortear la crisis actual, impulsados por la clase obrera, no son nada realistas: se dejan llevar por lo que los anglosajones denominan ‘*wishful thinking*’ (pensamiento ilusorio), y que un autor mordaz como John K. Galbraith traduciría como ‘chochear’.

Llevo muchos años trabajando codo con codo con estos predicadores de revoluciones sociales como para ignorar que, aparte de algunas notables excepciones, la mayoría se escondería corriendo en sus casas desde el primer momento que los militares saliesen a la calle; y con ellos desaparecerían las palabras grandilocuentes y chillonas, propias de los revolucionarios de *cabinet*.

Ante esta situación, no veo otra solución a los problemas actuales que lo que Engels y Lenin llamaban una ‘política de compromisos’. Decía en particular éste último:

*“...los compromisos de un partido que lucha son a menudo impuestos inevitablemente por las circunstancias y es absurdo renunciar de una vez para siempre ‘a cobrarse la deuda por partes’. El deber de un partido auténticamente revolucionario no consiste en proclamar imposible la renuncia a todo compromiso, sino en saber cumplir fielmente a ‘través de todos los compromisos’ –en la medida en que sean inevitables- con sus principios, su clase, su misión revolucionaria, su obra de preparar la revolución y de educar a las masas populares para triunfar en la revolución”.*¹

Pero ¿dónde encontrar a esos grupos sociales con los que pactar? La solución la tenemos en parte en los escritos de Marx. Es cierto que para él todos los grupos sociales formaban una masa hostil frente a las aspiraciones revolucionarias de la clase obrera; pero también es verdad que, frente a esta contradicción *principal*, supo detectar y analizar otras contradicciones *secundarias* dentro de esta masa de oponentes.

Por ejemplo, siguiendo al economista David Ricardo, Marx habló de la lucha a muerte entre el Capital y la Renta de la tierra (y de ahí proviene en el fondo la vesania de la burguesía catalana contra Andalucía y Extremadura –presentando como una ‘lucha nacional’ lo que en realidad es una lucha de clases-, mientras que la burguesía castellana ha sabido encontrar fórmulas de compromiso con los terratenientes). Pero también dentro del Capital halló Marx fuertes oposiciones entre el capital comercial, el industrial y el financiero. Es en estas oposiciones y fracturas dentro del ‘bloque del poder’ donde los marxistas podemos apoyarnos en nuestras propuestas transformadoras.

Más concretamente, creo que el movimiento obrero puede aliarse con el capital industrial y comercial en su oposición al capital financiero y a los latifundistas, es decir

¹ **Vladimir I. Lenin:** “Acerca de los compromisos”, en *Obras escogidas*, Moscú, ed. Progreso, 1980, p. 366.

contra lo que el keynesianismo ha denunciado tradicionalmente como los ‘rentistas’ y ‘especuladores’.

Para apoyar esta idea no me resisto a transcribir *in toto* la siguiente caracterización del keynesianismo ofrecida por el economista Alessandro Vercelli:

“Tratando de sintetizar, se podría interpretar el keynesianismo como la expresión modernizada de los intereses de la burguesía empresarial frente a la crisis del capitalismo liberal decimonónico, así como la economía política clásica era la expresión de la misma clase durante la fase agresiva de la lucha por consolidar su propia hegemonía política. Ambas concepciones poseen en común una exaltación del trabajo productivo junto con una severa requisitoria contra el trabajo improductivo. En ambos casos, la burguesía empresarial parece buscar la alianza con los trabajadores contra un enemigo común. Entre los siglos XVIII y XIX el enemigo estaba constituido por los propietarios de las tierras y los residuos feudales sobre los que estos fundaban su poder. La carta de triunfo resultó ser el liberalismo (laissez faire) que sirvió para combatir los residuos feudales que la clase propietaria de la tierra interponía al ascenso de los empresarios, apoyándose en las instituciones tradicionales. En los años treinta el problema es diferente: existe el peligro de que el estancamiento generado por el capital financiero y especulador provoque la crisis de la legitimación del desarrollo capitalista. En estas circunstancias, el laissez faire se transforma en un obstáculo porque impide una intervención del Estado en apoyo de la actividad económica. El Estado se convierte en la muleta del tambaleante capital productivo, mientras que el consenso de los trabajadores es un bien pretendido a costa de niveles más elevados de empleo y de un salario real mayor”²

Efectivamente, la política económica keynesiana lleva como tema de fondo la superación del ‘dejar hacer’, buscando corregir las deformaciones de la iniciativa privada mediante una juiciosa intervención pública, pero sin violar los fundamentos individualistas de la ideología liberal. Como consecuencia, los temas preferidos por Keynes fueron la regulación pública de la moneda, intervención pública para sostener las inversiones internas, o la promoción de entes semi-públicos como organismos industriales intermedios entre la empresa privada y la estatal.

Keynes también fue un crítico implacable del patrón-oro, sistema monetario internacional al que calificó de ‘reliquia bárbara’ por obstaculizar la política de pleno empleo. Como el Euro es en realidad una copia apenas disimulada de ese sistema, podemos suponer plausiblemente que también él se opondría a la Unión Monetaria Europea.

Por otra parte, aunque Keynes no se pronunció sobre la posibilidad de una Banca Pública, si expresó sus esperanzas sobre una futura ‘eutanasia del *rentier*’. Por lo tanto, quienes defendemos la nacionalización del sistema bancario español podemos esperar con razonable fundamento un apoyo de los keynesianos consecuentes.

² **Alessandro Vercelli:** *Keynesianismo*, Barcelona, ed. Oikos-Tau, 1989, p. 60.

Sin embargo hay que tener en cuenta que el keynesianismo, lo mismo que el marxismo, ha sufrido con el tiempo profundas transformaciones y divisiones. En su forma estándar, afianzada muy pronto en muchos países capitalistas, el keynesianismo deviene como una crítica roma de la economía clásica y actitud conciliadora con los poderes establecidos. Esta es la versión que se enseña actualmente en las facultades de economía y que ha recibido el apelativo de ‘keynesianismo bastardo’ (Joan Robinson).

Pero existe otra corriente dentro del pensamiento keynesiano (integrada por autores como la misma Joan Robinson, Sweezy, Kaldor, Garegnani, Pasinetti, etc) que ven la revolución keynesiana como una ‘revolución inconclusa’: es decir como un primer episodio, muy importante desde el punto de vista histórico, pero todavía ambiguo e insuficiente de una crítica más radical y general del paradigma ‘clásico’.³ Creo, pues, que entre este grupo y nosotros, los marxistas, pueden crearse fructíferas vías de colaboración y de aprendizaje mutuo.

CARLOS JAVIER BUGALLO SALOMÓN

Licenciado en Geografía e Historia
Diplomado en Estudios Avanzados en Economía

³ **Alessandro Vercelli:** *ibidem*, pp. 78-83.